

reflexión

Enseñar libertad

Bill Ayers

Catedrático distinguido de Educación e investigador en la Universidad de Illinois (Chicago)

Texto traducido por Mar del Rey Gómez-Morata

✉ billayers123@gmail.com

⊕ billayers.org

LAS ESCUELAS SON ESPEJOS DE LAS COMUNIDADES y también ventanas hacia ellas: los pueblos que se dedican a la agricultura enseñan a los jóvenes un mundo agrario y la cría de animales; los reinos enseñan fidelidad y lealtad al trono; las teocracias predicán fidelidad e insisten en la piedad y la devoción. Cualquier extranjero puede aprender mucho sobre una sociedad desconocida colándose en sus aulas. La antigua Sudáfrica tenía bonitos palacios de aprendizaje para los niños blancos, y aulas abarrotadas y destartaladas para los niños africanos, y esto tiene un perverso sentido: las escuelas del *apartheid* reflejan una sociedad injusta y racista.

En cambio, sabiendo lo que el *apartheid* significa y hace, nuestro extranjero podría haber averiguado con facilidad el aspecto exacto que tendrían las escuelas.

En los tiempos modernos podemos ver diferencias, así como parecidos similares entre los sistemas educativos: los líderes del fascismo en España o los militantes afganos o de la Arabia Saudí medieval, por ejemplo; todos coincidirían en que los estudiantes deberían comportarse correctamente, trabajar duro, mantenerse al margen de las drogas y el crimen y dominar las asignaturas principales. Estas cosas no diferenciarían la educación en una sociedad libre de la educación en cualquier lugar. Es más, las escuelas en Alemania a mediados del siglo XX producían científicos, atletas excelentes, artistas y músicos al mismo tiempo que daban lugar a la ceguera emocional y la sumisión, el patriotismo obtuso y una disposición a seguir órdenes, aunque les llevaran hasta las cámaras de gas. Estas escuelas podrían haber aparecido como “excelentes” en alguna medición, pero por encima de las materias que enseñaran -Matemáticas o Música, Literatura o Ciencia-, las enseñanzas que se alzaban amenazadoramente configuraban un currículum de obediencia y conformismo.

Los centros autoritarios se caracterizan por la pasividad y el fatalismo empapado por el rechazo del intelectualismo y la irrelevancia

Las escuelas autoritarias se caracterizan por la pasividad y el fatalismo empapado por el rechazo del intelectualismo y la irrelevancia. Quedaron encantados con las pequeñas tecnologías de control y normalización: los esquemas elaborados para manejar a las multitudes, el sistema cerrado de las normas y la disciplina, la maquinaria exhaustiva de calendarios, relojes y supervisión, los programas laboriosos de clasificar estudiantes a través de las pruebas y el castigo, los grados, la evaluación, los

juicios, todo ello unido a jerarquía intrincadamente construida. Saber cuál es tu agujero en el desnudo acantilado de los ganadores y perdedores se convierte en una lección indispensable.

La educación hoy es un espacio de contestación con voces poderosas que promueven una metáfora volátil: es un producto como un coche o una nevera, un ítem comprado o vendido en el mercado para el consumo individual, no una obligación pública o un bien social o un derecho humano fundamental. Las escuelas son consideradas como negocios, dirigidos por CEO (chief executive officer), directores generales con los profesores como trabajadores de una cadena de montaje y el alumnado como materias primas, avanzando, dando tumbos de manera pasiva por las cintas de la fábrica mientras les van metiendo la información como si fuese relleno dentro de sus cabezas inclinadas. Esta imagen hace fácil imaginar que se puedan cerrar las unidades que menos producen y que privatizar un espacio que en algún momento perteneció a lo público se convierta en un evento natural; que la enseñanza dirigida a satisfacer la métrica de simples tests estandarizados administrados por el Estado (pero desarrollados por iniciativas privadas y convertidos en rentables) para determinar los "resultados" se asuma como una representación racional del aprendizaje; que los indicadores del currículum y del aprendizaje controlados por el Estado sean vistos como de sentido común; que la "tolerancia cero" para los malos comportamientos del estudiante reemplace las lógicas del desarrollo infantil o de la justicia; y que una cadena de sanciones hacia los estudiantes, los profesores y las escuelas -pero nunca hacia quienes hacen las leyes, las fundaciones o corporaciones- pueda ser llamada "responsabilidad".

Las escuelas son consideradas como negocios, dirigidos por CEO, directores generales con los profesores como trabajadores de una cadena de montaje y el alumnado como materias primas

La salsa mágica para esta "receta de la reforma" tiene tres ingredientes principales: sustituir las escuelas públicas con algún tipo de institución privada controlada por la administración; separar a los ganadores inexorablemente de los perdedores; y destruir la habilidad del profesorado de hablar con una voz unificada y fuerte.

La educación para construir personas libres se dirige hacia un lugar radicalmente distinto y se sostiene por un ideal particularmente valioso: cada ser humano tiene un valor infinito e incalculable, cada uno tiene una fuerza intelectual, emocional, física, espiritual, moral y creativa; cada uno ha nacido con la misma dignidad y derechos dotados de razón y consciencia, merecedor de una comunidad y de solidaridad y de un sentido de hermandad, reconocimiento y respeto.

Este valor central tiene implicaciones en la política educativa -la segregación racial es errónea, la separación de clases, injusta; la financiación dispersa, inmoral- pero también sirve como fundamento de una aproximación hacia el currículum y la enseñanza. Queremos que nuestros estudiantes sean capaces de pensar por ellos mismos, hacer juicios basados en pruebas y argumentos, desarrollar unas mentes propias, y sobre todo trabajar para convertirse en gente libre, diversa y de tres dimensiones, nombrando sus propias preocupaciones, preguntando sus dudas al universo, construyendo de manera colectiva sus propias vidas. Las personas de la escuela que se zambullen en estas tareas se dan cuenta con rapidez de que el desarrollo completo de cada persona -teniendo en cuenta la amplia gama de habilidad y el delicioso guiso de raza, etnia y puntos de origen, así como historia anterior- es una condición necesaria para el desarrollo completo de toda la comunidad, y, paralelamente, el completo desarrollo de todos es esencial para el completo desarrollo de cada una de ellas.

En las escuelas libres los estudiantes articulan sus propios deseos, necesidades y preguntas, identifican las condiciones y contradicciones de sus vidas y consideran cómo esas circunstancias podrían ser otras. Las experiencias de los estudiantes y sus descubrimientos se convierten en una fuerza que les dirige, estando la educación unida a la vida. ¿Qué significa ser humano?, ¿quién soy yo en el mundo?, ¿cómo llegué hasta aquí y hacia dónde voy?, ¿cuáles son mis elecciones y posibilidades en el mundo?

La educación para construir personas libres se dirige hacia un lugar radicalmente distinto y se sostiene por un ideal particularmente valioso: cada ser humano tiene un valor infinito e incalculable

¿Qué significa recibir educación?, ¿cuál es mi historia y en qué cosas se parece o se distingue de las historias de los demás?, ¿cuál es mi responsabilidad hacia los demás? Este tipo de preguntas fundamentales desvela esas tres lecciones radicales: que vivimos en la historia -dinámica, revuelta, siempre cambiante- y que lo que hacemos o lo que dejamos de hacer tiene consecuencias; cada uno de nosotros somos un proceso, sin terminar, incompleto y nadando hacia una orilla incierta. No necesitamos el permiso de nadie para preguntar al universo.

Los profesores libres y los estudiantes libres rechazan la obediencia y la conformidad, desarrollan en cambio disposiciones de iniciativa, cuestionamiento, coraje, imaginación, creatividad, inventiva y empatía. Estas cualidades no pueden ser distribuidas poco a poco, deben ser modeladas y alimentadas, animadas y defendidas, y sobre todo practicadas una y otra vez.

Cuando el trabajo activo es la norma, ayudar a los demás no es una forma de caridad, algo que se improvisa entre el receptor y el benefactor. Más bien, un espíritu de comunicación abierta, un intercambio y un análisis se convierte en lo más común. En estos casos existe un espacio natural para el desorden, la anarquía y el caos, como ocurre en cualquier taller con mucho trabajo. Pero existe una disciplina más profunda, la de hacer las cosas y aprender a través de la vida. Esto es totalmente aplicable a la educación, que, como el amor, es generadora: cuanto más tienes, mejor te vuelves, cuanto más das, más tienes.